

materialidad contextual a que remite el texto pasa a ser una presencia fluida, un espacio virtual del discurso <sup>47</sup>.

Partiendo de esa observación es factible concluir que Garcilaso buscó en la experiencia narrativa —tan multifacética en su caso— todo un cúmulo de vivencias americanas que en su vida adulta conoció principalmente a través de las narraciones de otros. Eso es mucho más evidente en *La Florida*, por supuesto, pero lo que me interesa destacar es que al ver sus textos como exponentes de vivencias culturales muy diversas, Garcilaso admitirá sus escritos —implícitamente— como agregados genuinos que enriquecen y amplifican la naciente cultura hispanoamericana <sup>48</sup>. La dificultad que esa percepción individualizada supone, radica en que porciones muy amplias del discurso historicista elaborado por Garcilaso incide más allá de lo verificable. Por razones de su vocación, Garcilaso supo extraer, como pocos relatores de su época, esa fuerza primordial y casi atávica que contiene el mito y la materia anecdótica; y supo, también —con fina intuición histórica— que las creencias y lo legendario alcanza mayor perdurabilidad —inclusive en una cultura letrada— que la cifra y el dato. Conocedor, además, de los convencionalismos más prestigiosos que en su época regían la actividad intelectual, el Inca insertó, con frecuencia, en sus escritos la reflexión serena que deriva en matizaciones de corte epigramático <sup>49</sup>. Tal es lo que ocurre en *La Florida* al concluir la narración en que se relatan las torpezas de Juan Terrón. Es un pasaje que ilustra ese tono grave y refinado que resalta tantas veces en los escritos del Inca. «Tales son los que la prodigalidad incita a sus siervos, que después de haberlas hecho derramar en vanidad sus haciendas, les provoca a desesperaciones. La liberalidad, como virtud tan excelente, recrea con gran suavidad a los que abrazan y usan de ella» (III, XX) <sup>50</sup>.

Pero no son esas elaboraciones cultivadas las que establecerán el carácter excepcional de la escritura del Inca. Más significativa es —como ya lo he sugerido— esa doble vertiente de rechazo y acatamiento que conlleva su discurso. Para salvar esas divergencias que él siente entre los testimonios y opiniones emitidas por cronistas oficiales y el reconocimiento que a la vez les debe, Garcilaso tendrá que recurrir a dos opciones que fortalecen su autoridad. En primer término insistirá en que los errores e incomprensión de cronistas anteriores fueron motivados por el desconocimiento de las lenguas indígenas; razonamiento que a la larga le llevará a postular —como un criterio renacentista— que en la actividad lingüística se ofrece el índice primordial de una cultura <sup>51</sup>. Superar esas desavenencias interiores de su discurso implicaba, por

---

<sup>47</sup> Esa valoración se ve sustentada en particular cuando analizamos los frecuentes episodios ficcionados que el Inca insertó tanto en *La Florida* como en sus *Comentarios reales*. Ver: *Historia, creación y profecía*, págs. 149-199.

<sup>48</sup> Me refiero aquí al sentido de protagonismo que el Inca inserta en sus narraciones, al contemplarlas como un tipo de valoración histórica y cultural que no representa una mera continuación de la cultura peninsular y tampoco un regreso a la mitología histórica del incario.

<sup>49</sup> Se trata de un recurso que en su base se remonta a las más primitivas formas de la retórica decorativa que prosperó en la historiografía romana y que Cicerón refutó tantas veces, aunque sin dejar de aplicarla.

<sup>50</sup> Luis Loayza ha comentado con agudeza ese relato en su libro *El sol de Lima* (Lima: Mosca Azul, 1974), págs. 48-50.

<sup>51</sup> Para un análisis informado de ese aspecto de la obra del Inca interesa el estudio de Margarita Zamora

necesidad, un acto de sublimación conceptual, por así decirlo, que, desde los cánones del humanismo historiográfico, sólo podía alcanzarse a nivel retórico. La discontinuidad que se opera entre su percepción cada vez más individualizada de los hechos y los criterios represivos que imponía el discurso historiográfico institucionalizado, tendría que resolverse en la configuración misma del texto; es decir, mediante un sutil ejercicio de amplificación expresiva que otorgaba un decoro excepcional a la narración y que la distingue como texto que asume y supera a sus predecesores<sup>52</sup>. Acción esa que, desde otro ángulo, reivindica la marginalidad ignota que a partir del siglo XVI se confería a lo americano y que el propio Inca padeció en innumerables ocasiones<sup>53</sup>. En conjunto, esas proyecciones conflictivas que surgen ya en *La Florida* y que se expanden notablemente en los *Comentarios reales*, aluden a un deseo de repensar la historia americana en otros términos, librándola acaso de una marginalidad que la constituía como espacio excéntrico de la cultura occidental. En su dimensión más íntima, pues, la escritura de Garcilaso se define, en gran medida, como un espacio semántico señalado por rupturas, antagonismos y diferencias a partir de los que la refutación se desdobra para asumir necesariamente una porción de lo que niega.

El diálogo múltiple que mantienen sus textos con los que produjeron cronistas anteriores pone en evidencia ese estrato antagónico a que me he referido. Los escritos de Fernández de Oviedo, López de Gómara y, en particular, los de Cieza de León, Zárate y el Palentino constituían un legado que Garcilaso afrontó simultáneamente como modelos y rivales<sup>54</sup>. Por su situación contextual el Inca estaba obligado a defender la concepción imperial, europeizante y teocéntrica que mantenía la Corona española; y si en general lo hace con aparente fervor, en otras ocasiones esa complicidad le resultará ingrata. Para resolver satisfactoriamente visiones contrapuestas de los mismos hechos era preciso entonces lograr un discurso cifrado en otro registro de conocimientos; pero conocimientos autorizados, principalmente, por un orden más secreto de experiencias lingüísticas privilegiadas<sup>55</sup>. Sólo que la enunciación de ese saber requería, además, un nivel de intelección rico en conceptualizaciones novedosas y confirmado, a su vez, por una escritura señalada por su refinamiento formal.

Estas distinciones son necesarias sobre todo al evaluar *La Florida* del Inca, en los términos que dicta la configuración misma del texto. Recordemos, como aclaración pertinente, que para la mayoría de sus lectores europeos del siglo XVI la Florida y sus

---

«Language and Authority in the *Comentarios reales*», *Modern Language Quarterly*, vol. 43, núm. 3 (1982), págs. 228-241.

<sup>52</sup> En esa vertiente es casi tan sugestivo lo que el Inca suprime como lo que relata. Poco se ha estudiado ese contenido tácito que incrementa la expresividad y tensión intelectual de sus textos.

<sup>53</sup> La marginalidad y el rechazo a lo americano los elucida John H. Elliot en su importante estudio *El Viejo Mundo y el Nuevo: 1492-1650* (Madrid: Alianza Editorial, 1970), págs. 30-70.

<sup>54</sup> No es así, curiosamente, como el Inca contemplará el contenido histórico de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, acaso porque en el poema resplandece una visión épica y artística de la historia que era afín a la sensibilidad narrativa del Inca. Véase el interesante estudio de Alejandro Bernal, «*La Araucana*, de Alonso de Ercilla, y los *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso de la Vega», *Revista Iberoamericana*, núms. 120-121 (1982), págs. 549-562.

<sup>55</sup> En última instancia, el Inca reclama el quechua —y con razón— como lengua materna para consolidar su autoridad testimonial.

territorios adyacentes eran un espacio imaginario; un espacio inclusive mucho más distante y remoto de lo que entonces podían ser los virreinos del Perú o Nueva España. En un plano inmediato el referente más persuasivo que ofrecía la narración radicaba, no en la supuesta materialidad de los hechos o de la geografía, sino en el diseño retórico de la narración.

Centrándose en las características propias del enunciado puede afirmarse que *La Florida* del Inca obedece, en términos generales, a los cánones de la historiografía humanista que en el *Quattrocento* se consagró en textos célebres de Leonardo Bruni, Francesco Poggio Bracciolini y Eneas Silvio Piccolomini, entre otros<sup>56</sup>. En lo medular de ese pensamiento histórico se impuso gradualmente un ideal retórico del pasado; idea que Nancy Struever ha definido con precisión admirable.

Si la elocuencia era, en efecto, una preocupación central para el historiador humanista, su propósito sería, desde luego, demostrar que las conceptualizaciones retóricas eran base primordial de su labor. La retórica, como tal, determinaba entonces los aspectos más eficaces y laboriosos de la pesquisa. En un sentido más concreto, las preocupaciones retóricas se percibían —en el pensamiento histórico de los humanistas— como un impulso innovador que, lejos de obstruir, liberaba y esclarecía la percepción del pasado que exaltaba el humanismo historicista<sup>57</sup>.

A través de formulaciones complejas lo que ese nuevo discurso se proponía era superar una visión del pasado resumida en las crónicas medievales; visión en la que la vida y la actividad cultural, aparecen como un indiscriminado concurso de objetos y acontecimientos que era preciso rescatar de la distracción y el olvido. Sin extender la similitud en modo extremo, esa es la situación del Inca en *La Florida*; sobre todo si consideramos el primitivismo de los textos precursores y la penumbra en que permanecían aquellos hechos. Pero más que sobre el acopio de datos, el historiador humanista reflexionará sobre un acontecer proliferante, interiorizado en la cultura y rico en causalidades políticas y económicas; y en ese acontecer se distinguirán las experiencias que se transmutan en emanación connotativa y que registran tanto el hecho como las implicaciones propias del azar. No puede sorprendernos entonces que ese sea un discurso en el que acontecimientos previos se ilustran simbólicamente en la organización compositiva de la narración. Se creyó a partir de esas nociones que al contemplar el pasado a través del prisma lingüístico —como matriz cultural— podrían elucidarse los hiatos y enigmas que suelen oscurecer el verdadero significado de los hechos históricos. Y al quedar establecida de ese modo la primacía del discurso como configuración simbólica del proceso histórico, era de esperar que la narración acogiera con facilidad un amplio bagaje de reminiscencias literarias; hecho que explica por qué

---

<sup>56</sup> Ver: José Durand, «La biblioteca del Inca», págs. 239-264; y Eugenio Asencio, «Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso», *Nueva Revista de Filología Hispánica* VII (1949), págs. 583-593.

<sup>57</sup> *The Language of History in the Renaissance* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1970), pág. 63. Félix Gilbert, por su parte, en su importante estudio *Machiavelli and Guicciardini: Politics and History in Sixteenth Century Florence* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1965), destaca que «Las investigaciones históricas de los humanistas eran parte integral de un vasto *corpus* de obras destinadas a salvar para la posteridad los hechos del pasado. Para el humanista, pues, la historia era un género literario, pero que incorporaba objetivos muy diversos.», pág. 276. Ambas traducciones son mías.